

BOLETIN

de

INFORMACION

del Comité regional del País valenciano
del Partido Obrero de Unificación Marxista

Año I.- Número 9

Sábado, 18 de junio de 1938

A todos nuestros camaradas

DESPUES DE LA PÉRDIDA DE CASTELLÓN Y ANTE LA AMENAZA QUE PESA SOBRE
VALENCIA
=====

Castellón, la ciudad hermana, está ya en poder del enemigo. A pesar de la resistencia de nuestro sufrido y glorioso ejército, que ha contenido a facciosos e invasores durante dos meses, la capital de la Plana ha caído bajo el yugo ominoso del fascismo. Nuevo y doloroso golpe es éste que no puede, sin embargo, apartarnos de la norma de conducta trazada por el pueblo español el 19 de julio de 1936: luchar hasta el fin, pase lo que pase, sin desfallecer, sin otra opción que la victoria o la muerte.

Perdido Castellón, Valencia está en peligro. Ha llegado para nuestra provincia y para nuestra ciudad la hora decisiva. El pueblo valenciano entero ha de ponerse en pie de guerra, decidido a defender esta tierra ubérrima, tan codiciada por el fascismo, hasta con las uñas y con los dientes, dispuesto a disputar al enemigo el terreno palmo a palmo, las ciudades casa por casa y a no dejar en sus manos, si ello es inevitable, otra cosa que montones de ruinas.

El enemigo sabe, y es preciso que ningún antifascista ignore la importancia de Valencia. Nuestra ciudad, la tercera de España, tiene el puerto más importante de la zona centrosur, el más próximo a Madrid, y es la capital de esta rica región que viene sustentando desde el primer día de la guerra con los productos de su huerta espléndida a gran parte de la España antifascista, y a Madrid en particular. Valencia tiene, pues, capital importancia para el desenlace de la guerra. Quien tenga a Valencia, tendrá en sus manos una carta muy importante.

Se aproximan, por tanto, horas de peligro para Valencia, horas difíciles para la causa antifascista. En esta coyuntura, de nuevo nos dirigimos a nuestros camaradas, a todos los militantes del P.O.U. Afrontad, camaradas, con una absoluta serenidad, este nuevo quebranto y los peligros que nos crea. Poned en tensión vuestra voluntad y vuestras energías, en juego cuanto sois y cuanto valeis para contribuir con vuestro esfuerzo a la defensa de nuestra provincia y de nuestra ciudad amenazadas. Desoid los llamamientos teatrales de ciertos histriones de la política y los gritos histéricos de los demagogos, pero aportad vuestro concurso, sin vacilación y sin medida, a todas cuantas medidas eficaces se adopten seriamente para cerrar el paso al invasor.

Estamos seguros de que, como siempre, nuestros camaradas, tanto los que empuñan las armas en los frentes como los que trabajan en la retaguardia, en las horas graves que se aproximan, cumplirán con ánimo sereno y firme su deber hasta el fin.

El Comité regional del país valenciano
del Partido Obrero de Unificación Marxista

Valencia, 15 de junio de 1938

BALANCE DE UN AÑO DE REPRESION

En la segunda decena de junio del año pasado se desencadenaba contra nuestro Partido, contra el P. O. U. M., una brutal represión. En ella culminaba una campaña que, con no tener precedentes por la violencia, los tenía menos aún por la procacidad, la grosería y la abyección moral de que en ella hacían gala los que la inspiraban y la desarrollaban. Ni en los períodos más turbulentos de nuestra historia, ni cuando las pasiones políticas más desbordadas han andado, se ha realizado una campaña de injurias, de calumnias, de excitación a la delación y al asesinato contra adversarios políticos como la que desembocó en la represión contra el P. O. U. M. y en el asesinato de Andrés Nin. Las campañas de la reacción contra la Internacional en los tiempos de su fundación, contra Pablo Iglesias y los propagandistas y organizadores socialistas hasta los primeros años de este siglo, contra los anarquistas en los tiempos de "La Mano Negra" y de los atentados terroristas en Barcelona, contra Pi y Margall en la época de la guerra de Cuba, contra Ferrer después del atentado de Morral y de las jornadas de julio de 1909, contra los combatientes de agosto de 1917, de diciembre de 1930 y de octubre de 1934 son modelos de buen gusto, de delicadeza, de honradez, de lealtad y de inteligencia si se las compara con la que, en un lenguaje empedrado de barbarismos que delatan demasiado claramente su origen, se ha realizado contra nuestro Partido. A tono con la campaña que la precedió estuvo la represión. Sólo en ciertos episodios de la represión que siguió en Asturias a la insurrección de octubre podrían hallarse barbarie y crueldad parejas.

Ha transcurrido desde su iniciación un año. El momento es propicio para que hagamos su balance.

Un poco de historia

Nace el movimiento comunista en España en 1920. Nace, forzoso es reconocerlo, con una mancha original, común al movimiento comunista de todo el mundo: su supeditación moral y material, política y pecuniaria, al partido comunista ruso. La revolución rusa constituye en aquel entonces para lo mejor del proletariado de cada país un faro cuya luz señala el camino a seguir. Luz que guía, pero que también deslumbra. El proletariado ruso se mantiene en el poder, vencedor de la contrarrevolución interior y de la intervención exterior. Ha sucumbido, es cierto, la revolución en Finlandia, en Hungría, en Baviera, pero en Francia y en Italia sobre todo gana terreno, y en Alemania aun no tiene perdida la partida. No está desechada la esperanza de que la revolución, extendiéndose de unos países a otros, a pesar de los reveses que ya ha experimentado en algunos, abraza a Europa entera. El bolchevismo ruso impulsa a la revolución, la socialdemocracia de los demás países la frena, cuando no la traiciona

- 2 -

abiertamente. Estos hechos determinan la conducta de los mejores elementos de la clase obrera. Se pierden de vista los detalles para no apreciar más que lo esencial: la actitud de cada sector del movimiento obrero ante la revolución que agita al mundo. Por reacción contra las lacras del viejo movimiento socialista, se aceptan y defienden las inaceptables veintinueve condiciones de Moscú. Lo esencial es la revolución, y todo lo que la sirve o parece servirla se acoge con entusiasmo.

En España, el partido comunista es, al nacer -al revés que ahora-, más rico en calidad que en cantidad. Ninguno de sus fundadores y de sus directivos de los primeros años permanece hoy en sus filas. Unos se han apartado de toda actividad política; otros han vuelto a las filas del partido socialista; otros están con nosotros. Los que han retornado al partido socialista desempeñan en él puestos de relieve: la secretaría general del partido socialista y la de la U.G.T. las ocupan honores de aquel grupo. Los que militan en nuestras filas están en la cárcel o en trance de ir a ella. De los actuales personajes del partido comunista sólo dos proceden de aquella primera promoción: Daniel Anguiano, que tras un eclipse de quince años pasados en las logias vuelve al comunismo, y Dolores Ibarruri, que comenzaba entonces a hacer carrera en un pueblecillo minero de Vizcaya harrapateando artículos para un semanario bilbaíno. En aquellos primeros tiempos, el partido comunista español pesaba poco en la Internacional comunista. Esa era su suerte, porque la ayuda económica, por su modesta cuantía, no era aún un instrumento de corrupción de los militantes, y la tutela política, limitada a cartas y circulares, era bastante soportable.

A partir de 1925, la situación cambia. Algunos militantes del partido empiezan a intrigar en Moscú, reclamando, contra los que dirigen el partido, una intervención más directa de la Internacional comunista en la marcha de su sección española. Un grupo de aventureros se encarama a la dirección del partido. Los mejores militantes, los más capaces y los más solventes, los más activos y los más desinteresados se alejan asqueados de los nuevos métodos que se instauran en el partido o son, víctimas de ellos, arrojados de sus filas o, al menos, desalojados de sus puestos de dirección. El partido cambia cada día de "consignas": hoy preconiza la república democrática federal, mañana la república popular, después un gobierno obrero y campesino, y luego la dictadura del proletariado. Mientras se debilita el partido por el apartamiento de sus mejores elementos, y va malgastando su tiempo en estas pueriles elucubraciones, madura en la conciencia del país, sometido a la dictadura primorriverista, la oposición a la monarquía que había de dar al traste con ella en la primavera de 1931, en una incruenta batalla electoral.

El disgusto de los mejores elementos del partido contra la política que complacientes y poco honrados edecanes aplicaban al dictado de Moscú plasmó en Cataluña en decisiones concretas. La región catalana era terreno más propicio para ello que las restantes del país. Cataluña ha tenido siempre sus partidos propios. Los partidos nacionales no han logrado nunca cuajar en Cataluña. Y los que han tenido organización, generalmente esquelética, al otro lado del Ebro no han conseguido nunca una absoluta compenetración con ella. Gracias a esta peculiar tendencia de las fuerzas políticas de Cataluña no fué un pequeño grupo de militantes, sino toda la federación regional la que rompió con el resto del partido comunista. En abierto conflicto desde 1930 con la dirección del partido comunista, poco antes de la proclamación de la República la Federación catalana constituía como organización auxiliar el Bloque Obrero y Campesino, y poco después rompía definitivamente con esa caricatura del comunismo que es el stalinismo.

No era España el primer país en que el movimiento comunista se escindía. Lejos de serlo, en casi todos los países, si no en todos, de los partidos comunistas se habían desgajado ya grupos más o menos importantes por el número y siempre constituidos por los elementos más selectos del proletariado revolucionario. Pero, en general, esos grupos desgajados de los partidos comunistas carecieron de la suficiente visión política para constituir nuevos partidos y para ir recogiendo en ellos a los núcleos que sucesivamente se iban desprendiendo de los partidos de la Internacional comunista. Se mantenían como grupos de oposición, consagrando su actividad a criticar, desde su punto de vista, los errores de Moscú y de sus secciones. Por añadidura, las más de las veces las disidencias tenían su origen en problemas ajenos al propio país, nacían de conflictos reflejados de los que agitaban, en la Unión Soviética, más que al Partido, a sus círculos directivos. Problemas que sólo interesaban a un sector muy limitado del proletariado, a los iniciados en los misterios de la política rusa y en los arcanos de la doctrina. Las masas obreras permanecían indiferentes a esas contiendas domésticas y a esas polémicas en que los beligerantes se arrojaban mutuamente a la cabeza sendas y farragosas citas de Marx y de Lenin, más de Lenin que de Marx. Y poco a poco los grupos disidentes, consumidos por esta fiebre crítica y polémica y reducidos a la impotencia, iban descomponiéndose, hasta desaparecer.

La organización comunista de Cataluña, disidente del partido, no siguió, felizmente, ese camino. Los hombres que la inspiraban estuvieron animados, desde el comienzo, por la firme voluntad de hacer de ella un partido. Volvieron los ojos a los problemas del país y de nuestra clase obrera, en lugar de consagrarse a los de otros países y otros movimientos obreros. Poco a poco, trabajando intensamente, equivocándose a veces, pero buscando también afanosamente el buen camino, y logrando en ocasiones indiscutibles aciertos, el B.O. se transformó en un partido, y fue pronto la más importante de las fuerzas políticas obreras de Cataluña.

La campaña stalinista contra el B.O.
primero, contra el P.O.U.M. después

El partido comunista no podía asistir indiferente a este fenómeno. No podía tolerar que existiese en España un partido comunista independiente de Moscú. Si se realizaba en nuestro país lo que puede decirse que en ninguno otro, con la sola excepción, acaso, de Suecia, había sido posible, la creación de un partido comunista independiente, el ejemplo podría ser contagioso. La Internacional comunista y sus secciones han puesto desde el primer día una tenacidad tal en conseguir el monopolio en el movimiento obrero. No habiéndolo conseguido, porque los partidos socialistas habían echado en el curso de los años profundas raíces, han pretendido al menos ejercer el monopolio del movimiento comunista. De ahí la violencia fanática, el odio africano con que han combatido las discrepancias, las herejías, las disidencias. Para encontrar precedentes a esta lucha, es forzoso buscarlos en la batalla sostenida por la Iglesia católica contra los herejes de su propia religión y contra los creyentes de las otras religiones de los siglos pasados.

Contra el Bloque Obrero y Campesino, desde su fundación hasta que adoptó en 1935 la denominación actual de Partido Obrero de Unificación Marxista, y contra éste desde entonces hasta ahora, ha tenido el partido comunista una lucha implacable, de todos los días de todas las horas. Sus oradores y sus periódicos han vomitado contra nuestro Partido y contra nuestros hombres toda suerte de injurias, calumnias, de infamias. Arrojándonos el lodo en que se revuelcan viciosamente, pensaban sepultarnos. Cuando hallaban en nuestras filas

alguien inclinado a la venalidad, -un Arlandis, un Colomer, un Estivill, un Ferrer- lo compraban. Todos los procedimientos se les antojaban buenos a sus conciencias de goma. A medida que nuestro Partido crecía, su furor iba en aumento. Poco antes, muy poco antes de la insurrección militar de Julio, daban sus primeros pasos en el camino de la violencia física. En ciudades donde nuestra fuerza no era considerable, se permitían perturbar nuestros mítines. Una célula de Vallecas se atrevía a publicar un pasquín que constituía una excitación al asesinato contra nuestro camarada Maurín. Nuestros militantes de Cataluña comenzaban a impacientarse, y costaba ya trabajo impedir que respondiesen a la violencia con la violencia. En esto se encendió la guerra civil.

Durante unas semanas la guerra cerró la boca de los energúmenos del stalinismo. Quien en aquellos días de julio y de agosto de 1936 se hubiera permitido injuriar, calumniar, difamar a otros antifascistas lo habría pasado mal. El pueblo, que se había levantado espontáneamente contra el fascismo sublevado, borrando todas las fronteras de partidos y de organizaciones sindicales, habría dado a quien hubiera intentado sembrar la cizaña el trato que se debe al agente del enemigo. El partido comunista aguardó. Dejó pasar el primer impulso generoso del pueblo, esperó a que se enfriase el fervoroso entusiasmo de las primeras jornadas. Para poder recomenzar su infame tarea, necesitaba que la contrarrevolución ganase terreno. Mientras el pueblo contuvo a las fuerzas del fascismo en media España, mientras estuvo a la ofensiva, llevando sus Milicias a Toledo y a Alcalá, a Guadalajara, a Albacete y a Gijón, a las puertas de Zaragoza, de Teruel y de Huesca y a las cercanías de Granada y de Córdoba, mientras detuvo a las columnas facciosas que avanzaban sobre Madrid en la sierra de Guadarrama, y mientras en las ciudades y en las aldeas que habían rechazado a los insurrectos o que habían sido arrancadas de sus manos la clase obrera era el único poder efectivo y se apoderaba de los instrumentos de producción, de cambio, de transporte y de crédito, en suma, mientras la revolución ganó terreno, el partido comunista calló. Cuando la revolución marcha, es peligroso realizar una faena contrarrevolucionaria, atacar a una fuerza revolucionaria. Pero cuando la revolución detuvo su avance y comenzó a perder terreno, cuando perdimos Mérida y Badajoz, Irún y San Sebastián, y el ejército faccioso avanzó sobre Madrid por el suroeste, y en otros frentes nuestras columnas no pudieron seguir progresando, entonces ya podía el partido comunista recomenzar su tarea durante unas cuantas semanas interrumpida. Una circunstancia iba a favorecer sus designios: la ayuda del Estado soviético a la República española, iniciada a los dos meses y medio de comenzada la guerra, cuando ya podía estar terminada favorablemente para el pueblo español si nos la hubiera prestado antes, al mismo tiempo que Portugal, Alemania e Italia iniciaban la suya a los facciosos.

Mediante esa ayuda, el partido comunista, con poco más de una docena de diputados en el parlamento, tuvo dos ministros en el gobierno. Poco a poco fueron cayendo en sus manos resortes del poder. En particular, mandos militares, casi en su totalidad el Comisariado de guerra, y, por una inclinación característica de su espíritu, los instrumentos de represión. Creció desproporcionadamente a sus fuerzas y a sus necesidades su prensa. Abrió de par en par sus puertas. Necesitaba un coro proporcionado al número de primeros papeles que había conseguido con argumentos de taquilla. En un momento en que el carnet de un partido era una garantía personal, en sus filas acogedoras se dio cita lo peor de cada casa. No llegó al poder el partido comunista por su fuerza; a la inversa, el poder dio fuerza al partido comunista.

Se estaban fraguando los dolorosos reveses militares que permitieron al enemigo llegar a las puertas de Madrid. La guerra

reclamaba toda la atención y toda la pasión, todos los esfuerzos y todos los desvelos, todos los concursos y todas las energías. El partido comunista -y su satélite, la llamada Juventud socialista unificada- encontraron propicio el momento para desencadenar el ataque a fondo contra nuestro partido.

Durante años, el partido comunista nos había acusado de renegados, de traidores, de socialdemócratas, de oportunistas, de escisionistas, de trotskystas, de enemigos de la Unión soviética, de usurpadores del nombre de comunista. Las gentes que oían a los comunistas decir aproximadamente las mismas cosas de los socialistas y de los anarquistas que de nosotros, no se inmutaban. Oían a los comunistas lanzarnos improperios como se oye al borracho reñir con el farol que se le ha interpuesto en su titubeante camino, la guerra iba a brindar al partido comunista la ocasión de jugar fuerte, de quemar su último cartucho. Si a la gente le deja indiferente que a un ciudadano o a un grupo de ciudadanos se les tilde de renegados del comunismo porque, en último caso, aunque la acusación fuese cierta, ello no pasaría de ser un pleito doméstico, no ocurriría lo mismo si en plena guerra se les acusa de ser aliados o agentes del enemigo y de tramar sublevaciones y atentados. El stalinismo, que es el espíritu de Loyola remojado en salsa tártara, había encontrado su arma decisiva. Y entonces pudo asistirse a un espectáculo inédito en la historia política de nuestro país. A un desbordamiento de las más bajas pasiones que pueden rebajar al hombre. Se nos atacó cada día en numerosos periódicos y en cada página de cada periódico y en cada columna de cada página de periódico, en prosa y en verso, en el texto y en los dibujos, en cursiva y en tipo redondo, en titulares de todos los tipos y tamaños, en pasquines y en carteles y en manifiestos, en folletos y en libros, en la tribuna de los mítines y a través de la radio, en español y en cuantos idiomas hablan los hombres y consiguen imitar ciertas especies de brutos. Estas palabras de Galdós parecen escritas pensando en los comunistas: "Hay un grado de ferocidad que la Naturaleza no presenta en ninguna especie de animales: sólo se ve en el hombre, único ser capaz de reunir a la barbarie del hecho las ignominias y brutalidades de la palabra. Viendo a los hombres en ciertas ocasiones de delirio, no se puede menos de considerar a la hiena como un noble animal".

En la vida, puede la pasión excusar en cierto modo los excesos, explicar hasta cierto punto la injusticia, pero la campaña de que se nos hizo objeto no estaba inspirada por la pasión. Los escenarios que traducían o recitaban esas estúpidas calumnias no ponían en su triste menester pasión alguna. Justificaban su pitanzuela nada más. En más de un año, no han hecho más que repetir fríamente el mismo disco apenas modificado de tiempo en tiempo. Mal traducidos, artículos y discursos revelaban demasiado visiblemente su procedencia. Y para que no quedase duda alguna, "Fragua Social", una que, por inadvertencia, insertó un artículo servido por la Sección de prensa de la embajada soviética, hubo de revelar, para justificarse ante sus asombrados lectores, la procedencia del trabajo.

Acusando a nuestro Partido de ser una agencia de Franco, un instrumento de la Ovrá y de la Gestapo, una organización de espionaje al servicio del fascismo, y lanzando estas acusaciones en plena guerra, cuando el enemigo pugnaba por entrar en Madrid, cuando la metralla fascista hacía espantosas matanzas de mujeres y de niños, el partido comunista trataba, sin duda, de excitar a las masas contra nuestros militantes, de inducirlos a la violencia contra nosotros, de provocar un progromo, armando el brazo de unos cuantos inconscientes. Pero los extranjeros que dirigen al partido comunista detrás de unos cuantos peleles indígenas desconocen a nuestro pueblo, no tienen idea de su grado de educación política y de su

nato buen sentido. En ningún punto de España y en ningún momento las excitaciones a la violencia contra nuestro Partido y contra nuestros hombres han hallado eco alguno. El primer objetivo que perseguía el partido comunista fracasó. No logró provocar un movimiento popular de cólera contra nuestro partido.

Pero si las excitaciones comunistas no hallaban eco, había que buscar otro medio de eliminar a nuestro Partido. Si no era posible encontrar unos grupos de obreros o de combatientes dispuestos a asaltar nuestros locales y a linchar a nuestros militantes, había que recurrir a los resortes del poder. Ya que el pueblo no escuchaba la policía obedecería. Y para ello había que conquistar primero la Dirección general de Seguridad.

Los sucesos de Mayo en Cataluña

En los primeros días de mayo del año pasado, en las calles de Barcelona se enfrentaban con las armas en la mano la revolución y la contrarrevolución. No en balde es Cataluña la región más industrial de España. Y, por añadidura, región en que dominan la pequeña y la media industria. En ella coexisten, junto a un numeroso proletariado de cuyo espíritu combativo quedan en la Historia numerosos y brillantes ejemplos, una masa considerable de burgueses de mayor o menor jerarquía económica, pero dotados todos de recio instinto de clase. De ahí que haya sido Cataluña la región de la España antifascista en que antes y más brutalmente se han puesto frente a frente, desde que el alzamiento militar fué sofocado, el proletariado y la burguesía, encuadrado el primero en sus organizaciones sindicales y políticas revolucionarias y el segundo en organizaciones políticas y sindicales con etiqueta obrera: el P.S.U.C. y algunos sindicatos de la U.G.T. Lucha en la que, como siempre, los burgueses pelearon como trabajan: con las manos de los otros. En este caso, las de los hombres de la Guardia civil y del Cuerpo de Asalto.

En el origen inmediato de aquellos sucesos, que ensangrentaron durante varios días las calles de Barcelona, había una criminal provocación. El Comité nacional de la C.N.T. denunció a su tiempo, con detalles y nombres y apellidos, la trama siniestra y a los infames provocadores. El partido comunista, que no era ajeno a la provocación, encontró en los sucesos de mayo de 1937 la ocasión que ansiaba para asestar a las fuerzas obreras que se resistían a someterse a él o a desaparecer el golpe decisivo. La primera víctima había de ser nuestro Partido, al que se suponía más fácil de eliminar por más débil. Tras de nosotros se apuntaba contra la C.N.T. y la F.A.I. Y, en fin, los tiros iban también contra la izquierda del Partido socialista y de la U.G.T., agrupada en torno al camarada Largo Caballero.

Provocó el partido comunista la famosa crisis de mayo. El camarada Largo Caballero, en su discurso de Madrid, explicó en detalle su planteamiento y tramitación. Los stalinianos exigían la disolución del P.O.U.M. Largo Caballero se negó a complacerlos. Las razones de su negativa se resumen en estas pocas palabras, que recalcó mucho: "Yo soy un hombre honrado". Los comunistas se retiraron. Les secundaron otros ministros, entre ellos Prieto y Negrín. La crisis quedaba planteada. Y, algunos días después, resuelta a gusto de los comunistas. La C.N.T. y la U.G.T. quedaban excluidas del poder. A Largo Caballero, víctima del veto de Moscú, se le mandaba a su casa.

Antes de que llegase a Valencia el nuevo ministro de la Gobernación, ya había nuevo director general de Seguridad, nombrado no se sabe por quién, aunque no se ignora quien lo impuso. Un hombre

a merced de los comunistas, un tal Ortega, carabinero, que no mucho antes buscaba apoyos en la C.N.T.

Ya tenía el partido comunista los medios de realizar contra el P. O. U. M. el gran plan tanto tiempo acariciado. Ya estaba la reacción de la policía en sus manos.

La represión

Está convocado, después de numerosos aplazamientos, el congreso de nuestro Partido para el 19 de junio. Algunos delegados se encuentran ya en Barcelona. La campaña comunista contra nuestro Partido acentúa su violencia y su procacidad desde los sucesos de mayo. Los stalinistas tratan de crear un ambiente propicio para la represión. El 16 de junio, a medio día, es detenido Andrés Nin, que ocupaba interinamente el puesto de Maurín. En el curso de la tarde y de la noche se suceden las detenciones de militantes destacados de nuestro Partido. En los días siguientes, la represión se extiende a toda Cataluña, a Valencia, a Madrid. En esas mismas horas cae Bilbao en poder de los facciosos. La contrarrevolución se apunta al mismo tiempo dos victorias: una en el frente y otra en la retaguardia.

Se detiene a hombres y a mujeres, a españoles y a extranjeros. Militantes obreros de otros países que han venido al nuestro a aportarnos su curso desinteresado, delegados de organizaciones obreras extranjeras son perseguidos con saña implacable. A los detenidos se les hace sufrir toda clase de vejaciones y de brutalidades. Detenidos ha habido que han permanecido seis meses rigurosamente incomunicados. Se registran y saquean los locales del Partido y de las Juventudes y los domicilios particulares. Andrés Nin es sacado de Barcelona y conducido a Valencia, donde en la Dirección general de Seguridad niegan su estancia. De Valencia es llevado a Madrid, de Madrid a Alcalá de Henares. Un día aparecen sus guardianes amordazados y maniatados y la celda vacía. Nin ha desaparecido para siempre. Se cree que ha sido torturado, ha sido vilmente asesinado. Su te pareja corre Kurt Landau, militante obrero austriaco conocidísimo. Marciano Mena es fusilado en Lérida, tras una repugnante comedia judicial. En los frentes son asesinados otros camaradas. Los últimos, Hervás -sobrino del entonces comisario general de Guerra, camarada Crescenciano Bilbao- y Trepát, hace unos meses, en la XXVII División mandada por hombres del P. S. U. C.

Nuestro Partido es amordazado. Todos sus periódicos son suspendidos, sus imprentas asaltadas, su editorial incautada, los libros clásicos del marxismo destruidos, exactamente igual que al otro lado en la España dominada por los sicarios de Franco.

La XXIX División, formada con las milicias reclutadas por el P. O. U. M., es disuelta. La disolución va acompañada de las mayores brutalidades y de toda suerte de provocaciones. ¡Es lástima que quienes alegremente disolvieron una de las mejores unidades de nuestro ejército no hayan sido capaces de reemplazarla con tropas de calidad equivalente! La XXIX División habría sido en el Este lo que la XXVIII -otra "tribu"- es en Levante.

Entretanto la prensa staliniana se despacha a su gusto. Amordazado el P. O. U. M., imposibilitada toda defensa de nuestro Partido y de sus hombres por la previa censura, las plumas mercenarias arrecian en su campaña. Titulares a toda plana enumeran los crímenes que se nos atribuyen. La policía stalinista falsifica burdamente documentos destinados a servir en un resonante proceso que se prepara como pruebas de las relaciones que se pretende hacer creer que sostenemos con Franco. De la Dirección general de Seguridad de Madrid son sustraídos auténticos documentos procedentes de la Gestapo, que se

han ocupado a auténtico espías, y se pretende luego haber hallado en la celda que Nin ocupaba al desaparecer.

La defensa del P. O. U. M.

A pesar de la previa censura que impide hablar si no es para arrojar cieno sobre nuestro Partido y sobre nuestros hombres, a pesar de la insensibilidad que ha creado la guerra con su cortejo de violencias y de sangre, a pesar de la cobardía que, más aun que el censor, ata las lenguas y las plumas por razón de Estado, hay voces que se elevan y gentes que se mueven en favor del P. O. U. M. No todas, ni mucho menos, simpatizan con nosotros. Algunos, más que a nuestro Partido, defienden el prestigio de la República, el nombre de España, su soberanía puesta en entredicho, la justicia ultrajada. Juan López y Federica Montseny se elevan con nobles acentos de indignación y con clara visión política contra el crimen de que somos víctimas. "Adelante", órgano entonces de la Izquierda socialista, "Nosotros", "Fragua Social", "C.N.T.", "Castilla Libre", "Frente Libertario" y "Juventud Libre", "Solidaridad Obrera", "Tierra y Libertad", la prensa confederal y anarquista deja oír su protesta. El Comité nacional de la C.N.T. se dirige en un documento memorable al presidente de la República, al del Parlamento, al del gobierno y a los Comités nacionales de los partidos y organizaciones antifascistas pidiendo garantías jurídicas para los militantes del P.O.U.M. d detenidos. La Comisión ejecutiva de la U.G.T. se dirige al gobierno llamando su atención sobre los perjuicios que irroga a nuestra causa en el extranjero la persecución de que se hace objeto al P.O.U.M. El Presidente de la Generalidad de Cataluña envía al Comisario de propaganda de la región autónoma, Jaime Miravittles, a Valencia a interesarse por la suerte de Nin y de los demás detenidos. En Valencia, el Consejo municipal y el Consejo provincial, unánimes, realizan insistentes gestiones en favor de sus miembros detenidos por pertenecer al P.O.U.M. Las divisiones que operan en el frente del Este envían al ministro de Defensa nacional una delegación portadora de un documento denunciando los atropellos cometidos contra la División XXIX y contra su jefe, nuestro camarada Rovira.

La protesta internacional

La represión desencadenada contra el P.O.U.M., la desaparición de Nin, el peligro que corre la vida de otros militantes provocan en el extranjero una profunda emoción. Llueven cartas y telegramas de protesta al gobierno español. En numerosos países, las embajadas reciben reiteradas visitas de delegaciones que acuden a expresar de viva voz la emoción y la protesta de sectores considerable de la opinión obrera y democrática. Varias comisiones internacionales se presentan en España a informarse de visu de lo sucedido y a reclamar del gobierno de la República garantías jurídicas para los procesados. Personalidades como Robert Louzon, Maxton, Mac Govern, Félicien Challaye, Schevenels, interrogan al gobierno español en nombre del proletariado y de la opinión democrática de todo el mundo y le piden que no se deshonor y no desprestigie a la República española tolerando desafueros y crímenes como los perpetrados contra nosotros. Georges Duhamel, André Gide, Paul Rivet, Martin du Gard, Mauriac, hombres de inclinaciones políticas divergentes, pero de idéntica independencia de espíritu y de recta conciencia y figuras preeminentes de la literatura y de la ciencia, unen sus voces al clamor universal de repulsa que las infamias del stalinismo han levantado. El partido socialista de los Estados Unidos, el Independent Labour Party de Inglaterra, la Federación socialista del Sena, las Juventudes Laicas y Republicanas de Francia, los partidos obreros y socialistas revolucionarios de Italia, de Alemania, de Holanda, de Suecia, de Rumania, de Polonia, innumerables organizaciones y partidos obreros y democráticos de todo el mundo testimonian su solidaridad al P.O. U. M. y sus militantes perseguidos y su condenación de los atropellos cometidos.

y a sus militantes perseguidos y su condenación de los métodos infames de que se les hace objeto. La prensa proletaria y democrática sigue con apasionado interés los episodios de la represión contra el P.O.U.M. y deja oír su protesta indignada. Los más sinceros, entusiastas y desinteresados amigos de la España antifascista deplo- ran vivamente el daño irreparable que los procedimientos fascistas de persecución empleados contra nuestro Partido irroga a la causa española en el mundo entero.

La actitud del gobierno

La bárbara represión desencadenada contra nuestro Partido el 16 de junio del año pasado no fué acordada ni dirigida por el gobierno. El gobierno se encontró ante el hecho consumado. Fué el partido comunista, erigido en Estado dentro del Estado, quien la decidió y dirigió y quien, sirviéndose para ello de sus hombres puestos al frente de la policía, Ortega, Burillo, Rodríguez Salas, etc., la realizó. Dos ministros, no queriendo sin duda cargar con más responsabilidades de las que por debilidad o negligencia les correspondía, han sido particularmente locuaces a este respecto: el de la Gobernación, señor Zugazagoitia, y el de Justicia, señor Irujo. Reiteradamente han afirmado ambos, ante delegaciones del Comité ejecutivo de nuestro Partido y ante representaciones extranjeras, que no era el gobierno quien había decidido la represión contra el P.O.U.M., que Nin no había pasado nunca por prisiones del Estado, que nunca creyeron ellos que el P.O.U.M. fuese una agencia de espionaje o que sus militantes más destacados pudieran ser sospechosos de traición. Y ambos confesaban, lamentándola, su impotencia para poner coto inmediatamente a tantos desmanes. "El gobierno gobierna hasta donde puede, si bien aspira a gobernar plenamente", aseguraba textualmente el señor Zugazagoitia. "La police, voilà l'ennemi!" eran las palabras con que ponía término a una entrevista con una delegación extranjera el señor Irujo. Y uno y otros parecían sinceros cuando aseguraban poner en acción todos los medios a su alcance para rescatar a Nin. El señor Irujo, obligado, sin duda, a publicar una nota oficiosa dando cuenta de la detención de diez militantes del P.O.U.M. puestos a disposición del Tribunal de espionaje en unión de un significado falangista, al que los policías comunistas, sometiéndole a bárbaros tratos, intentaron obligar a confesar que estaba en connivencia con camaradas nuestros, publicaba seguidamente una nota que era una condenación rotunda de los métodos puestos en práctica por el partido comunista contra nosotros. En fin, el ministro de Defensa nacional, señor Prieto, encontrando intolerable que la policía detuviese al jefe de una división sin tener siquiera la deferencia de comunicárselo, exigía la destitución de Ortega, el agente ejecutivo del partido comunista en la Dirección general de Seguridad.

Los actos y las manifestaciones contradictorias del gobierno y de sus componentes en el período álgido de la represión contra el P.O.U.M. revelan el forcejeo que en su seno se sostenía. La mayoría de los ministros consideraban humillante tener que aceptar resignadamente los hechos consumados, que admitir la existencia de una policía -dirigida por extranjeros- que operaba no a espaldas del gobierno, sino en sus barbas, pero sin otra ley que su capricho que aguantar que esa policía dispusiera de prisiones propias, sin control alguno del Estado; que tolerar los infames procedimientos típicamente fascistas, que eran habituales en esos sangrientos espionajes. ¿Por qué no ponía término el gobierno a esa dualidad de poderes en el Estado? Juan López puso, en un valiente artículo, el dedo en la llaga. La represión contra el P.O.U.M. era la primera factura presentada al cobro por el partido que ejerce totalitariamente el poder en la Unión Soviética. Destruir el P.O.U.M. era el precio de la ayuda que se le prestaba a España para resistir contra

fascistas insurrectos e invasores. El sobreprecio mejor, que el precio se paga en moneda corriente. Prieto confirmó la afirmación de Juan López, diciendo a una delegación extranjera: "Ustedes hablan en nombre de partidos de países que nos ayudan muy poco...". En el antedespacho de un ministro socialista, su secretario particular nos decía un día: "La persecución contra vosotros no terminará mientras la República no tenga más que un banquero...". Zugazagoitia había dicho: "El gobierno gobierna hasta donde puede...". Así mediatizado, el gobierno no hacía, pero dejaba hacer porque era impotente para impedir que se hiciera, procurando paliar el mal, atenuando sus efectos, gestionando el rescate de Nin, rogándonos que tuviéramos paciencia, pues era preciso ir despacio para no rescatar un cadáver; permitiendo que la prensa comunista prosiguiese sus viles campañas, creando los Tribunales de espionaje con un procedimiento sumarísimo para satisfacción de los comunistas y alargando luego la tramitación del proceso indefinidamente; destituyendo a Ortega y ascendiéndole para desagrar a sus amos; poniendo en libertad a Rovira y disolviendo su división para que la jauría callase... Triste papel, en verdad, el de aquel gobierno.

Un vergonzoso silencio

Hemos señalado la noble actitud de hombres y de colectividades que no se resignaron a ser cómplices por su silencio del crimen de que éramos víctimas. En contraste con esta gallarda y honrada actitud de los menos, recordemos la cobarde conducta de los más. En privado, en voz baja, al oído, ni una sola personalidad de ninguno de los partidos y de las organizaciones antifascistas, excepción hecha del partido comunista y de sus Juventudes "camufladas" en socialistas unificadas y de algunos pocos mercenarios que al servicio del stalinismo actúan emboscados en otros partidos, en el socialista particularmente, han dejado de testimoniarnos su repulsa hacia los métodos empleados contra nosotros, y aun de expresarnos su simpatía y su solidaridad moral. ¡Ah!, pero, públicamente, han guardado un prudente silencio. Conducta que justificaban por razones de Estado. Con el alma dolorida, porque, de crearles, son gentes de alma muy sensible, se resignaban a sacrificarnos, a convertirnos en moneda de cambio. Tenían el aire de decirnos: "Es terriblemente doloroso, pero un tanque bien vale un afiliado al P.O.U.M.". Y, sin embargo, con cada afiliado al P.O.U.M. que sacrificaban o que permitían sacrificar, sacrificaban un girón de la propia dignidad de España, que puede ser, sin sonrojarse, un país pobre en recursos industriales, carente de grandes fábricas de material de guerra, que incluso puede ser, sin deshonor, vencido por una coalición de poderosos Estados, pero que no aceptará jamás vender su independencia y su soberanía a cambio de ayudas precarias y onerosas prestadas en horas de angustia.

En unas circunstancias que guardan bastante semejanza con las que nosotros atravesamos, el general Asensio ha escrito estas justas palabras, que íntegramente reproducimos:

"El tiempo de sobra que tengo en esta Frisión lo distribuyo entre mis estudios profesionales, siguiendo paso a paso el curso de la guerra, donde aun creo y deseo tener algo útil que hacer en favor de la causa, y mis meditaciones. Los ratos que dedico a estas últimas, me distraigo haciendo desfilar ante mí a las muchas, ¡muchísimas! personas y entidades que antes y después de haber caído en 'desgracia de la opinión pública', acudían a mí colmándome de felicitaciones y dándome pruebas explícitas de confianza. Los recuerdos a todos. Unos siguen en los mismos puestos políticos que ocupaban cuando estrechaban mi mano con satisfacción; otros ya no ocupan aquellos puestos, pero siguen teniendo influjo en masas importantes de opinión;

otros conservan en sus manos las mismas plumas con que escribieron palabras de elogio para mí y para mi conducta. Ninguno de ellos se acuerda de que estoy en esta prisión; parece como si no se hubiera enterado de que se me acusa de traidor a la causa que ellos mismos me vieron defender con entusiasmo y pericia, poniendo para ello muchas veces en riesgo mi vida.

"Ahora, un poco al correr de la pluma, me gustaría refrescar su memoria y contrastar ante ellos el ayer y el hoy. A unos les diría Ustedes que me vieron mandar fuerzas en Peguerinos y en la Sierra, y han podido ser testigos de mi conducta, ¿me consideran traidor y mal general? Varias veces, personalmente, me han manifestado lo contrario. ¿Por qué, pues, hoy, desde sus puestos destacados en la política española y catalana, dejan con su silencio que la mendacidad y la calumnia me hagan objeto de sus más cruentas heridas, teniendo, como tienen, de fijo, la convicción de que son injustas esas acusaciones?

"A otros podría decirles: Ustedes son los que me escribieron aquellas notas en momentos difíciles, haciéndome saber su ilimitada confianza en mi lealtad y en mi competencia. ¿Por qué no lo hacen ahora públicamente, dando así a conocer su criterio respecto de mí a la opinión pública, en que ustedes ejercen influjo, y evitan que otros la desorienten por medio de acusaciones que para ustedes deben ser totalmente falsas?

"Podía también decir, dirigiéndome a otros: Ustedes, después de aceptada la dimisión de mi cargo de Subsecretario del Ministerio de la Guerra, en aquel Consejo de Ministros donde no se hizo patente contra mí ninguna acusación ni ningún cargo concreto, salvo el decir que tenía "mal ambiente en la opinión", me visitaron en mi domicilio para testimoniarme su adhesión y su confianza. Prueba de ello es que me propusieron como Jefe de las fuerzas que operaban en sectores difíciles y en circunstancias apuradas, a pesar de lo cual yo acepté. ¿Suponía ello que seguían teniendo buen concepto sobre mi lealtad y pericia militar? Así lo juzgo yo y así lo juzgaría cualquiera. Después me han visto procesado y acusado, nada menos, que de traidor a la República. ¿No han sentido en su espíritu la acuciosa necesidad de acudir al sumario y volcar en él lo que de mí opinan, aquello mismo que con sus palabras y sus ofrecimientos me decían elocuentemente?

"Y a todos los demás, periodistas, obreros, hombres de partidos políticos y de sindicatos, que a cientos desfilaron por mi casa para hacerme patente su protesta por lo que ellos llamaban "la injusticia de la campaña que contra mí se hacía", les diría ahora: ¿por qué calláis? ¿Por qué consentís con vuestro silencio que la opinión pública se desoriente y sea yo la víctima de esa desorientación? Los que me acusan han tenido el valor, rayano a veces en osadía, de lanzar públicamente sus acusaciones. Los que me creéis leal, los que no aceptáis como justas esas acusaciones, guardáis sin embargo silencio. ¿Estáis o no convencidos de la limpieza de mi conducta? Tener una opinión y callarla no es humano, ni moral, ni siquiera correcto, máxime cuando lo que se ventila es el prestigio de un hombre, nada menos que la conceptualización pública de quien ha tenido a su cargo, en parte al menos, la responsabilidad del triunfo de la República. Hablasteis en voz baja a mis oídos, pero no alzáis vuestra voz ante la opinión pública. No es que yo pretenda que gritéis a mi favor en la calle, ni en los periódicos. Eso ni lo pido ni lo quiero, ni lo autorizaría. Un Juez instruye contra mí un sumario. He estimulado desde aquí a los que me acusan en mítines y desde las columnas de los periódicos a que acudan a él y descarguen allí todo cuanto contra mí tengan que decir. También a quienes tengan algo que decir en abono de mi conducta les estímulo igualmente a que

saquén las enseñanzas que de tal invitación les dicte su conciencia. Con ello no harán otra cosa que señalarse a sí mismos un deber de moral pública y acudir a cumplirlo."

Palabras a las que la posterior absolución de quien las ha escrito reviste hoy de indiscutible autoridad. Palabras que cada miembro del P.O.U.M. puede reproducir porque nadie como nosotros ha experimentado el calculado y cobarde silencio de tantas gentes que están absolutamente convencidas de que la campaña de que somos víctimas es una infamia.

El P.O.U.M. ha resistido

Ha transcurrido un año. El P.O.U.M. está, prácticamente en la ilegalidad. No tiene locales públicos. No edita periódicos legales. Ha sido arrojado de todos los organismos oficiales en que tenía representación. No puede celebrar actos de propaganda. Muchos de sus militantes han pasado por las cárceles. Varios han pagado con su vida su fidelidad a nuestra bandera. Aun tenemos presos. Pero nadie pretenderá que nuestro Partido ha muerto. Ni ha muerto, ni ha callado siquiera. "La Batalla" y "Juventud Obrera", los órganos centrales del Partido y de las Juventudes, aparecen cada semana, desde hace un año, sin interrupción. Edita folletos. Sus afiliados cotizan, se reúnen, trabajan, actúan. Nuestro Partido resiste. Moralmente, es más fuerte que nunca. La represión ha estrechado nuestras filas. Las discrepancias que pudiera haber entre sus militantes se han acallado, y no volverán a manifestarse mientras el Partido no recobre su plena libertad de expresión y de movimiento. Se ha pretendido destruir nuestro Partido, aterrorizando a sus militantes y creando un abismo entre los afiliados de filas y los directivos. Pero si se han producido algunas deserciones, la de un Palacín, la de un Sirval, por ejemplo, en ningún otro partido que atravesase circunstancias como las que hemos atravesado nosotros se habrían registrado menos casos de cobardía. Nuestro Partido ha salido fortalecido de la dura prueba sufrida. El P.O.U.M., podemos afirmarlo hoy, pase lo que pase, es indestructible.

Resistiendo, el P.O.U.M. ha vencido

Los propósitos del partido comunista, de la Internacional comunista y de sus jefes han fracasado. Cuando los perros que aullaban a nuestro paso se decidieron a morder, se rompieron los dientes. Nuestro Partido ha resistido. Todos los poderosos recursos de que el Partido comunista dispone en España en el momento actual no han bastado para aniquilar a un Partido como el nuestro, que se suponía fácil de destruir. Hemos tenido víctimas. Pero también las ha habido entre los agentes a quienes estaba encomendada la dirección de la lucha contra el P.O.U.M. Contra nuestra resistencia se han estrellado un Rosenfeld y un Antonov-Ovsensko, ambos destituidos, cuando menos encarcelados ambos, sino asesinados.

Los planes del partido comunista eran harto ambiciosos. Se proponían, a favor de las circunstancias, instaurar en España su dictadura, implantar en nuestro país un régimen totalitario. Para ello necesitaban eliminar, absorbiéndolas o destruyéndolas, las restantes fuerzas organizadas del movimiento obrero. Considerando a nuestro Partido la más débil de todas, contra él arremetió el partido comunista con la mayor saña. Tras de nosotros habría eliminado a la F.A.I. y a la C.N.T. Luego al sector del Partido socialista y de la U.G.T. que no se pliega a los designios de Moscú. El resto del Partido socialista habría pasado a engrosar, a través del partido único, los efectivos comunistas: Dueño del poder, haría desaparecer los partidos republicanos. En sus manos casi todos los resortes del poder, gran parte de los mandos militares, el Comisariado de Guerra casi enteramente, la policía y el Cuerpo de Seguridad en su mayoría, podía, mediante un golpe de Estado,

apoderarse del poder el partido comunista en el momento que estimase propicio. Pero nuestra resistencia ha hecho fracasar sus planes. La primera víctima era más dura de pelar de lo que a primera vista parecía a sus verdugos.

Resistiendo a la ofensiva del partido comunista, nuestro partido no sólo ha salvado su propia existencia, sino que ha salvado también de los peligros que por este lado la amenazaban a la revolución española. Podrá triunfar o podrá sucumbir a manos del fascismo nuestra revolución, pero una cosa puede asegurarse ya, y es que no irá a envilecerse en un régimen totalitario. El pueblo español no lucha por unos amos contramotros, lucha por ser libre, plenamente libre. Y en la primera fila de este combate por la libertad de España tenemos el orgullo de estar nosotros, de estar el P. O. U. M. Cuando tantos y tantos callaban resignándose a ser esclavos de un amo para no ser lacayos de otro, por decirse que sólo nosotros nos hemos enfrentado, afrontando todos los riesgos, con los que aspiraban a desempeñar en España el mismo papel que Seiss-Inquart en Austria. Nuestra resistencia ha salvado de los peligros que le amenazaban al resto del movimiento obrero de nuestro país. Cualesquiera que sean los errores de táctica que pueda haber cometido en este período nuestro partido, haber pertenecido a él en este tiempo haber mantenido enhiesta su bandera en estas horas será para nosotros un timbre de gloria que no cambiaríamos por ninguno otro.

Las cuatro iniciales que constituyen el anagrama por el cual se conoce a nuestro partido han pasado a ser, en España y en todo el mundo, el símbolo de la fidelidad a la revolución y el grito de guerra de la libertad amenazada, rodeada de enemigos, pero a la postre invencible.

Los que han recurrido a todos los medios para destruir a nuestro partido no han hecho más que prepararnos para un día próximo un espléndido desquite. Más que en ningún otro sitio, en España los perseguidos de hoy son los triunfadores de mañana. Bastaría la persecución de que somos víctimas para asegurarnos pronto horas triunfales. Pero, además, nuestros torpes enemigos se han consagrado con saña a despojarnos de toda participación en la dirección de la guerra, en su gloria, pero también en sus responsabilidades. Puesto que ellos lo han querido, íntegra les dejamos la una, pero también las otras. Cuando la guerra acabe, compareceremos todos ante el tribunal de la opinión pública, y veremos qué platillo inclina la balanza, si el de la gloria o el de las culpas.

Entre tanto, el P. O. U. M. ha resistido, y, habiendo resistido, ha vencido. Al cumplirse un año del comienzo de la represión, podemos afirmarlo ya así rotundamente.

-o-o-o-o-o-o-o-